

El peligro de un viaje decepcionante: José Juan Tablada, Enrique Gómez Carrillo y Vicente Blasco Ibáñez visitan Japón a principios del s. XX

JORDI SERRANO-MUÑOZ
WASEDA UNIVERSITY

Resumen

En el presente artículo se analizan los diarios que realizaron tres escritores hispanohablantes, José Juan Tablada, Enrique Gómez Carrillo y Vicente Blasco Ibáñez, tras sus respectivos viajes por Japón a principios del s. XX. El estudio de estos textos tiene como objetivo revelar cómo la forma en que se construye la imagen de Japón no solo es exotizante, sino que, interpretada siguiendo una crítica decolonial, reproduce y legitima el modelo hegemónico occidental de representación de la alteridad como subalternidad. Defiendo que este modelo está fundamentado en la problematización de la relación de la comunidad descrita con el proyecto de la modernidad.

Palabras clave: José Juan Tablada; Enrique Gómez Carrillo; Vicente Blasco Ibáñez; decolonial; Japón; diario de viaje.

En este artículo se analiza cómo Vicente Blasco Ibáñez, Enrique Gómez Carrillo y José Juan Tablada recogen, adaptan y reproducen un modelo hegemónico colonial de construcción de la alteridad como subalternidad en los diarios de viaje que redactaron fruto de sus respectivas expediciones a Japón a principios del siglo XX. Este modelo está basado en la problematización de la relación con la modernidad del Otro, para así poder legitimar la supuesta superioridad de los intereses del emisor. Mi objetivo es demostrar que las representaciones exotizadas de Japón presentes en estos textos, al ser interpretadas bajo la lógica del modelo de representación de la alteridad como subalternidad hegemónico occidental denunciado desde las teorías decoloniales, muestran cómo estas lógicas discursivas son reproducidas por la intelectualidad hispanoamericana de finales del siglo XIX y principios del XX, mediando a su vez en la forma en que posicionaban el papel de la modernidad en sus respectivos países. Este trabajo explora de esta manera cómo la adscripción a esta lógica de legitimación hegemónica en Occidente revela la preocupación subyacente de una intelectualidad hispanohablante cercana al poder por reafirmar la modernidad de sus propias comunidades.

Este trabajo no pretende ser una investigación histórica ni historiográfica de los viajes de Blasco Ibáñez, Gómez Carrillo o Tablada. Tampoco es un estudio literario del género de los diarios de viaje, ni aspira a componer una generalización excluyente de matices sobre cómo se construye la imagen de Japón a principios del siglo XX desde el mundo hispanohablante. Tampoco me detengo a analizar los pormenores del debate intelectual acerca de la modernidad que se llevaban a cabo en cada uno de estos tres contextos nacionales, ya que sobre ello se ha trabajado lo suficiente como para que quede establecida su referencia en los estudios de Serrano y Salaün (2006), Botti (2012), Sánchez Alarcos (2020) y Kirkpatrick (2003). El objeto de mi estudio de estos tres diarios de viaje es exclusivamente situar la problemática relación entre identidad nacional, modernidad y subalternidad como el marco de referencia a través del cual se forjó la narrativa sobre Japón, un marco legitimador del modelo colonial hegemónico que reprodujeron los tres autores. Se aborda en este ensayo el papel a la hora de mediar en discursos de representación de estos tres autores, por lo tanto, desde un ámbito tanto literario-textual como material-discursivo. Se explora la forma en que la modernidad se interpreta en estos diarios, es decir, el análisis crítico de los textos en contexto histórico y en diálogo entre sí.

En este sentido, este trabajo quiere ir más allá del detalle descriptivo de cómo estos diarios retrataban Japón. Mi meta es exponer las implicaciones de estas representaciones si las situamos dentro de un marco de estructuras discursivas hegemónicas que naturalizan opresiones epistemológicas norteamericanas. Este artículo se presenta también como un escenario más donde el debate sobre la modernidad propia dentro de la intelectualidad hispanohablante se articula a través de un modelo de representación hegemónico del cual estos autores son sujeto y objeto al mismo tiempo. La problematización de la modernidad del Otro, en este caso el Otro japonés, reafirma la creencia de una modernidad propia en el agente enunciativo. El debate sobre la construcción de una identidad nacional moderna ocupaba la preocupación y el interés de los círculos intelectuales a los que estos escritores pertenecían a finales del s. XIX y principios del s. XX. Tablada (1919) se hace eco de esta preocupación:

A mi regreso del país japonés fueron legión los que me preguntaron con el tono de un ateniense del tiempo de Pericles informándose de los Malámpados:

- ¿Y estarán los japoneses tan civilizados como nosotros...?

Esa pregunta del orgullo y de la ignorancia, insinuaba en mí una profunda tristeza ...

Para bien de mi patria, sólo hubiera querido contestar: ¡Nosotros lo estamos tanto

como ellos! (170)

Hay que tener en cuenta que este fragmento fue suprimido de la edición publicada en 1919 de su diario. Como no se dan razones para su censura, los motivos de su eliminación son especulativos. Como dice Rodolfo Mata en el estudio a la edición de 2005,

de su diario no sobrevivió ninguna página que proporcione algún indicio de este proceso y en sus memorias no hay nada escrito al respecto. Por otra parte, la obra carece de prólogo, razón por la cual solamente es posible entrever la intención de Tablada recurriendo al origen y naturaleza de los textos. (8)

Teniendo en cuenta que otro de los fragmentos eludidos hace referencia a cómo en México se creía que “el japonés más ilustre fumaba opio, comía ratones y usaba trenza como el chino que lava la ropa,” (170), se puede interpretar que Tablada sentía pudor por lo que consideraba el desconocimiento general de su país hacia Japón. Esta ingenuidad estaba relacionada también con su propia consideración como nación moderna, buscando la comparación con un Otro al que presumían incivilizado para reafirmarse por confrontación. El giro que le da Tablada a la comparación, poniendo a Japón como el referente de modernidad para México, queda en un espacio de ambigüedad delatora: tanto si considera que Japón es un país civilizado como si no, México no está por delante y, por lo tanto, es ridículo presumir de nada.

El modelo hegemónico occidental de subalternización de la alteridad

Cuando hablo del modelo hegemónico de construcción de la alteridad como subalternidad, me estoy basando en el estudio crítico que se ha realizado desde distintos puntos de un frente común por la decolonización de la historia moderna y contemporánea con fines antiimperialistas y antieurocéntricos. La desarticulación de la modernidad como fuente de legitimación discursiva es uno de los pilares de la crítica decolonial. Partiendo de la tesis defendida por Enrique Dussel, entre otros, uno de los fundamentos de la construcción del sistema-mundo actual ha estado la naturalización de la modernidad, un proceso global, como si fuese una patente occidental. A través de la constante y sistémica problematización del desarrollo del proyecto de la modernidad en comunidades no-occidentales, se mantiene la ilusión de que los únicos agentes legítimamente representantes del poder simbólico y ejecutivo mundial son aquellos autodefinidos como occidentales. Cualquier intento

realizado por naciones periféricas de llevar a cabo una versión propia o adaptada de la receta de la modernidad resulta inocuo a la hora de enmendar o combatir este marco hegemónico porque funciona y refuerza su legitimidad.

Esta matriz de poder se apropia de la historia para convertir la modernidad en la piedra angular de cualquier interpretación de la civilización. El proyecto de la modernidad y sus estructuras consustanciales de dominación establecen un antes y un después que esencializan la alteridad como subalterna, incapaz de adquirir un status moderno que de todas formas le es vetado. La imposición y naturalización de este paradigma configuran efectivamente una paradójica ruptura entre espacio y tiempo, puesto que “desarrollado,” “en desarrollo” y “subdesarrollado” coexisten espacialmente como agentes de un mismo sistema-mundo, pero dos de ellos están atrapados fuera del presente por haber sido constituidos antes de la modernidad.

Como se verá en el análisis de los diarios, la forma en que se construye la identidad japonesa se realiza dentro de esta lógica de representación nacional. La insalvable contradicción que produce la condición de Japón como país “desarrollado”, con una identidad constituida por elementos premodernos, se excepcionaliza para evitar que sea tomada como una alternativa viable al sistema de patente occidental sobre la modernidad. Para mantener esta situación, la identidad japonesa, así como la del resto de identidades subalternizadas por este paradigma, se diseñan como objetos sin agencia en un sistema de clasificación del que no pueden escapar ni conseguir capacidad de enunciación. Así lo denuncia Sirin Adlbi Sibai cuando aplica la mirada decolonial a la construcción de la identidad islámica como alternativa feminista que esté fuera de la epistemología occidental:

Cuando Occidente nos representa y habla por nosotros a través del poder que le da el habernos colonizado física y materialmente tras haberse erigido en “centro del mundo”, en ese mismo acto morimos; dejamos de existir. “No existimos” y “no somos” puesto que sólo se puede ser cuando se tiene la capacidad de “hablar” y auto-representarse.
(85)

Con esto, Adlbi Sibai se refiere a la capacidad del marco hegemónico occidental de distorsionar la percepción de la historia y atrapar identidades subalternas en una tensión perpetuamente contradictoria. La construcción de estas identidades partiendo de un supuesto conflicto entre tradición y modernidad “constituye en sí misma la crisis y le da forma” (88). Las potencias hegemónicas

occidentales aplican este modelo basado en el despojo de agencia en la autorrepresentación y en la representación a partir de sus lógicas subordinantes independientemente de las pruebas históricas que puedan ponerlo en entredicho. Como menciona Joan Torres-Pou (2005), por ejemplo, poco tenía el Japón Meiji de colonia, pero la forma en que Gómez Carrillo lo describe en sus diarios reproduce a su juicio todos los rasgos que David Spurr identifica como propios del discurso colonial en *The Rethoric of Empire* (187-88). La aceptación y legitimación de discursos de representación del Otro por y para posiciones de poder, que no asumen su propio locus de enunciación, diseñan una jaula dialéctica de la cual no es posible salir. En esta misma jaula, como enunciadores y enunciados, como sujetos y objetos de este modelo de representación, sitúo a los tres escritores viajeros.

Los viajes

Existen varios elementos que unen los escritos de estos tres autores más allá del hecho de fondo de querer mostrar un retrato de Japón a principios del s. XX. Por un lado, tanto Tablada como Gómez Carrillo compartieron por primera vez sus diarios a través de las publicaciones periódicas que habían comisionado y subvencionado su viaje. Blasco Ibáñez, a pesar de compartir el mismo formato de dietario epistolar, se reserva la publicación de sus impresiones directamente en tres volúmenes puestos en circulación una vez concluido su periplo. Los tres autores diseñan sus diarios con una mezcla de relato histórico, consideraciones artísticas y comentario político de sus respectivos presentes.

El elemento común más importante entre los tres textos y que, a mi juicio, justifica la comparación entre los tres autores, es el desarrollo de una construcción de Japón desde la constante problematización de su adscripción al proyecto de la modernidad. Torres-Pou (2013) argumenta en relación a estos diarios que la problematización de los efectos del progreso sobre las representaciones culturales de lo que se consideraba una identidad nacional se debe situar como una característica intrínseca del modernismo en la literatura hispanohablante (178). Sin embargo, situar la problematización de la modernidad como una mera característica artística tiene sus limitaciones. El posicionamiento taxonómico de estos escritores dentro de los términos de un movimiento abre nuevos frentes de conflicto. Por un lado, no hay consenso sobre si se puede considerar la obra de Blasco Ibáñez como propia del modernismo o del realismo, si nos atenemos a criterios puramente disciplinares. Por otro, esta clasificación no explica las implicaciones de su función discursiva dentro

de las dinámicas extraliterarias de representación nacional. Sin restar validez necesariamente a las observaciones de Torres-Pou, definiendo que la problematización de la relación entre Japón y modernidad que se ve en estos tres diarios es un reflejo del debate continuo entre las respectivas élites intelectuales hispanohablantes por reafirmar su condición moderna, civilizada, desarrollada, a través de la comparación con un Otro que, en su opinión, menos adepto a ello.

La problematización de la modernidad en Japón en estos tres autores efectivamente emerge como el reflejo del modelo hegemónico occidental de creación de subalternidades. La descripción de estas como menos modernas o amodernas sirve para justificar la adscripción de la comunidad del emisor al proyecto ilustrado de progreso. Los autores basculan desde posiciones en las que asumen una identidad europea y occidental, para en otras descubrirse en un provincianismo nacional que mezcla deseo de superación patriótica con sentimientos de vergüenza, humillación y miedo por no sentirse a la altura. Mario Losano menciona cómo el proceso de modernización que vivió Japón durante la Restauración Meiji contó con la colaboración de varias potencias occidentales, pero de entre las que España se encontraba ausente (596). En una línea parecida, Odile Cisneros recuerda que a pesar de que los contactos diplomáticos entre Japón y distintos países latinoamericanos se establecieron en el último cuarto del siglo XIX, el contacto material y cultural se hacía a partir de la mediación que realizaron los círculos artísticos europeos a través del japonismo (93).

Laura Torres-Rodríguez defiende que el japonismo de Tablada se puede leer como muestra de las tensiones presentes en un México que transicionaba del Porfiriato al período revolucionario en el ámbito político y del modernismo a la vanguardia en el artístico (50). A su vez, Torres-Rodríguez se aventura a establecer una conexión transpacífica entre el proyecto imperialista japonés Meiji y el Porfiriato. Según la autora, la fascinación de intelectuales y artistas como Tablada por el japonismo respondería también a un deseo de autonomía e independencia nacional e intelectual de los centros de poder occidentales (57). Es mi intención argumentar que ambas interpretaciones son posibles. La atracción de estos tres autores por Japón y la complicada relación que tienen con la idea de la modernización se realiza desde un locus de enunciación compartido como agentes marginados por la narrativa del poder occidental, que los excluye del relato histórico como agentes con soberanía lícita y control sobre su progreso. Sin embargo, en vez de establecer puentes de solidaridad transoceánica como posteriormente realizaría, por ejemplo, José Carlos Mariátegui, ideando un socialismo peruano

que dialogara con el chino, estos diarios de viaje legitiman en su problematización de la modernidad un modelo de reproducción del no-occidental como en última instancia justificadamente subalterno.

Los principales textos que circulaban en el ámbito hispanohablante, según Elena Barlés Báguena (2008), describían el proceso de modernización del estado y del ejército japonés, contaban la historia del cristianismo en los siglos XV y XVI en el archipiélago y hacían una interpretación sociológica muy libre de lo que consideraban que era la identidad japonesa (779). Esta última respondía a los patrones de representación ya criticados por Edward Said (1978) en *Orientalism* y que conforman un patrón base sobre el que se construye el modelo de representación de la alteridad como subalternidad que se critica desde las teorías decoloniales. Si bien ya se ha estudiado previamente la función del orientalismo en la construcción del subalterno también desde la intelectualidad hispanohablante, como hizo Araceli Tinajero (2003), exploro el papel del diario de viaje como agente discursivo catalizador y canónico para apuntalar y propagar esta estructura discursiva basada en la problematización de la modernidad.

El poeta y diplomático mexicano José Juan Tablada (1871-1945) realizó su viaje a Japón aproximadamente de junio a diciembre de 1900. El trayecto y la estancia fueron subvencionados por el magnate Jesús E. Luján para que sirviera como corresponsal de su publicación *Revista Moderna* y reportara “sobre la cultura e industria japonesa” (Camps 383). Durante años, sobrevoló la duda acerca de la veracidad de este viaje y sus críticos han sugerido que los veinte artículos que se publicaron sobre este viaje y en los que Tablada realiza comentarios generales sobre arte, cultura y política japonesa podrían haber estado compuestos a partir de fuentes secundarias—como por ejemplo, textos de Basil Hall Chamberlain, al que Tablada mismo cita. Estas dudas se ven alimentadas por la escasez de detalles específicos sobre la logística del viaje, propios de este género literario. A todo esto, se suma el hecho que cualquier prueba personal que pudiera haber existido se perdió cuando la casa de Tablada fuera destruida como venganza por su apoyo al gobierno de Porfirio Díaz. La investigación de Martín Camps quiere responder precisamente a esta corriente escéptica. En su artículo “Pasajero 21”, cita los archivos del puerto de San Francisco donde el nombre de Tablada aparece en los registros de llegada del buque *America Maru* al arribarse a las costas de Estados Unidos desde Yokohama el 22 de diciembre de 1900 (390). Si nos atenemos al trabajo de Camps, pues, queda demostrada la veracidad del viaje del escritor mexicano. Tablada compiló veinte de los artículos escritos entonces y añadió cinco textos más en un volumen titulado *En el país del sol*, publicado originalmente el 1919 con una tirada corta, quizá

pensada para especialistas y allegados, y que fue reeditado por Rodolfo Mata en 2005. El análisis que se hace en el presente artículo está basado en esta última edición.

La posibilidad de un viaje fantasma no es una particularidad del diario de Tablada. En su libro *Enrique Gómez Carrillo. El escritor y el hombre*, Torres-Pou recoge las dudas que expresa César González Ruano sobre la veracidad del viaje que se supone realizó el escritor guatemalteco en 1905 a Japón (144). Los textos de López-Ruano, *De Marsella a Tokio* (1906), *El alma japonesa* (1907) y *El Japón heroico y galante* (1912), están compuestos, como el diario de Tablada, por pasajes líricos, generalistas, sostenidos por fuentes externas y con numerosos personajes inventados. Estas dudas se ven legítimamente alimentadas por las sombras que arrojan otros capítulos también engrandecidos de la biografía de Gómez Carrillo. Por ejemplo, aunque en la página web de la *Asociación Enrique Gómez Carrillo* se asegura que se le concedió la medalla de la Legión de Honor en 1906, su nombre no aparece en los archivos de la misma. Carrillo Gómez también se adjudicó la entrega a las autoridades francesas de la famosa espía alemana en su obra *El misterio de la vida y la muerte de Mata-Hari*. Este episodio ha sido desmentido con el tiempo al instaurarse la versión de que Mata-Hari fuera traicionada por los propios servicios de inteligencia con los que colaboraba. El viaje de Carrillo Gómez a Japón también fue realizado como corresponsal, en esta ocasión para el *Imparcial* y *La Nación*, que publicaron las fechas de su partida y llegada. En el prólogo a *De Marsella a Tokio*, Rubén Darío hace mención a una carta que le enviara Gómez Carrillo desde Japón agradeciendo a estos medios haber sufragado el viaje (Torres-Pou, “El discurso” 186). Reconociendo el escepticismo que sobrevuela a este episodio, Torres-Pou sugiere que estos elementos proporcionan cierto grado de veracidad al viaje de Carrillo Gómez, aunque cabe decir que no se ha sometido al mismo trabajo exhaustivo de archivo que realizó Camps para corroborar el periplo de Tablada (145). Esta empresa queda pendiente y en cualquier caso no supone el principal foco de interés de este artículo. Independientemente de si Gómez Carrillo viajara o no, publicó diarios como si así lo hubiese hecho. En este trabajo se tomará como referencia de su corpus *El Japón heroico y galante* por ser su texto más completo, ya que incorpora fragmentos de los anteriores y amplía las reflexiones que le sobrevinieron durante el viaje.

De quien existen pocas dudas que realizara el viaje es de Vicente Blasco Ibáñez. El paso del español por Japón fue parte de una vuelta al mundo que realizó ya en la cúspide de su fama internacional. A bordo del buque *Franconia*, navegó hacia el oeste desde Nueva York hasta Mónaco

entre 1923 y 1924. Sus diarios de viaje se convertirían en una obra de tres volúmenes publicada el mismo año de su regreso bajo el título de *La vuelta al mundo de un novelista*. Su paso por Japón se incluye en el primer volumen y ocupa diez capítulos (del XIV al XXIV). A pesar de no viajar por encargo, el diario de Blasco Ibáñez reproduce la misma combinación de observación y análisis cultural, histórico y artístico que también se encuentra en los textos de Tablada y Gómez Carrillo.

Hay un elemento compartido que he escogido para cohesionar el análisis de cómo estos autores problematizan la modernidad en Japón: el desencuentro de expectativas. El viajero parte hacia su destino con un cúmulo de ideas aproximadas sobre lo que encontrará, cree saber del lugar y de aquellos pueblos que lo habitan y por lo que espera hallar. Cisneros defiende la idea de que Tablada preferirá en última instancia fijarse exclusivamente en la búsqueda del Japón que había conocido a través de la pintura y la literatura mediada por los japonistas europeos, con el objetivo de legitimar una imagen exotizada e ignorando las realidades que la contradigan (97). Según Lila Bujaldón de Esteves, Gómez Carrillo realizaría el mismo estilo de viaje estético que Tablada, popularizado por Pierre Loti, que formaba parte del imaginario modernista al que se adscribía y teorizó en su libro *La psicología del viaje* (13). Dulce Diana Aguirre López se refiere a este proceso de asunción de contradicciones en el desencuentro en el caso de Gómez Carrillo como “dislocación” (18). Los viajes de estos tres escritores están marcados, pues, por un nudo común—entre los deseos inculcados de encontrar el Japón instaurado en su imaginación, un país construido a base de tropos orientalistas y el sentimiento de desencuentro al tener que conciliar esta visión con una realidad observada que la contradecía y ponía a prueba.

Mi argumento se basa, pues, en exponer cómo las facetas que conjuran este desengaño son las dos caras de una misma moneda. Por un lado, está la construcción de la identidad japonesa a partir de la identificación exclusiva de elementos considerados tradicionales. Todos los elementos se encuentran datados, no por coincidencia, a un momento previo al contacto con Occidente y con la industrialización, que en el relato hegemónico occidental se presuponen sinónimos no sin consecuencias. Siendo así, se entiende mejor la otra cara de la moneda, la crítica constante a las expresiones culturales y sociales fruto del proyecto de la modernidad. Dado que se limita la identidad japonesa a elementos premodernos, el resto de manifestaciones quedan enmarcadas en oposición como cuerpos extraños, ajenos, en ocasiones incluso contaminantes.

Presumamos esencia para que así sea premoderna

Uno de las principales posturas preconcebidas desde la que se acercan los tres autores, es su posición de abierta fascinación hacia Japón antes de llegar al país. Tablada declara una pasión por el país previo a su viaje en sus estudios poéticos a través de traducciones al inglés de las primeras obras de arte japonesas a las cuales había tenido acceso en México (Cisneros 94). Así pues, describe su viaje como un “anhelo artístico” (Tablada 28), al acecho siempre de espacios que coincidieran con un imaginario nutrido por la pintura y la poesía:

mi casa está en una callejuela inaccesible para las bicicletas, donde no hay letreros en inglés, ni cantinas americanas, y donde puedo, durante los largos días lluviosos de la estación, tener siempre ante los ojos un panorama encantador y esencialmente japonés: ¡un paisaje de Hiroshigué (sic), al fin! (45)

Desde su barco, Blasco Ibáñez aprecia lo pintoresco “al salir el sol se forma delante del buque un gran arco iris, que por sus colores recuerda la pintura de los artistas japoneses” (173). Estos escenarios demuestran una oposición a la presencia extranjera modernizante. Sin embargo, para los autores este elemento foráneo es incapaz de alterar su concepción de la japonesidad como una característica, primero reconocible, y luego esencialmente artística. Tablada observa “¡pero aquí no hay que buscar al arte ni a la belleza, porque lo bello, lo artístico tienen el don de omnipresencia y forman atmósfera estando en todas partes!” (45), y Gómez Carrillo asevera “el patriotismo de los nipones es puramente poético y social . . . Las ideas extranjeras, las creencias extranjeras, los métodos extranjeros, pueden aceptarlos sin creer que al obrar así renuncien a la integridad de su carácter nacional” (177). La idea que tenían de Japón estaba acrítica e indisolublemente asociada a elementos premodernos. Es por ello que, en vez de asumir e incorporar otras manifestaciones que difieran de este conjunto de tropos, lo cual sería abrir la puerta a redefinir la narrativa nacional hegemónica sobre Japón que les había inculcado esta ilusión irrealizable, prefieren mantenerla fosilizada.

Al descender del barco en el mismo puerto, Blasco Ibáñez despacha “no se ve el Japón por ninguna parte” (184) y es solo cuando se encuentra paseando por los templos de Kamakura que Japón cumple finalmente con sus ilusiones. La expectativa del primer encuentro se ve frustrada por elementos de modernidad y elementos considerados extranjeros, que al equipararse, distancian a Japón

de sus procesos industrializadores. En su llegada, Gómez Carrillo se queja de sentirse como si no hubiera salido de París, “de encontrarme en el hall del Continental o del Ritz” (18) y su frustración se ve acrecentada igual que en Blasco Ibáñez y en Tablada por las expectativas que se había formado al preguntarse: “¿Qué le falta a este Japón, en que vivo desde hace algunas horas, para ser mi Japón soñado? . . . Éste que veo por la ventanilla, no es mi Japón ideal y delicioso” (11). Los tres escritores dicen encontrar el Japón de su imaginación fuera de las ciudades y lejos de los polos de industrialización. Van, por lo tanto, a espacios donde el proyecto de la modernidad no se ha manifestado tal y como ellos lo identifican y en los que pueden cimentar sus creencias.

Esta identidad japonesa construida a través de los diarios pasa por un proceso de racialización del cual quiero destacar dos consecuencias. Por un lado, busca apuntalar la ilusión de un espíritu nacional con consideraciones de apariencia biologicista en un momento histórico en el que la designación racial no se encontraba tan discutida. Por otro, el perfil racializante que dibujan los autores insiste en reforzar precisamente esta idea de un Japón premoderno. Tal y como apunta Rotem Kowner, el proceso de racialización de los japoneses va ligado a las necesidades geopolíticas cambiantes de los focos de poder occidental. Desde Occidente y a partir de la empresa colonial imperialista se impuso un modelo de discurso que emplea la idea de la raza para incorporar y mantener relaciones de poder específicas que legitimen su superioridad por encima del resto de comunidades, ya sean sus colonias u otros competidores potenciales. Este discurso reproduce y traslada la estructura jerárquica de dominador/subyugado al plano racial, conteniendo con diversos grados de claridad la idoneidad de la supuesta “raza blanca” para gobernar. Según Kowner, el proceso de racialización de Japón por parte del discurso hegemónico occidental aparece paralelo a la paulatina concepción de Japón como un país rival dentro de la región, condición conseguida a partir de desarrollar las estructuras de un Estado moderno. Así, mientras que durante las primeras décadas de Meiji se describía a los japoneses en términos raciales vagos, prácticamente blancos, su triunfo militar sobre Rusia en 1905 cambió su categorización en un viraje hacia ser considerada una raza “amarilla” (108).

Este cambio drástico de paradigma en el proceso de racialización de los japoneses se puede ver de forma excepcional si comparamos los textos de Tablada y Gómez Carrillo, separados apenas por cinco años, pero situados precisamente en esta bisagra histórica. Tablada dedica un capítulo a comentar el resultado de la guerra sino-japonesa de 1895. La victoria japonesa en esta contienda fue

ampliamente celebrada por la opinión pública occidental, que tenía por aquel entonces en muy mala consideración al pueblo chino, debido a que parte de uno de los objetivos de la revuelta de los bóxeres era atacar la comunidad extranjera en este país. De hecho, se atribuye a este momento la aparición de la idea del “peligro amarillo”, popularizada por el Káiser Guillermo II para promover un mayor control sobre China si Occidente quería preservar sus intereses en la zona. El texto de Tablada expone sin tapujos el posicionamiento abiertamente antichino aceptado y promovido desde los centros de poder occidental:

Mientras los “Boxers” con rabia de gorilas hidrófobos hacen picadillo de carne blanca, el Emperador de la China, en el fondo de su yamen, cumple treinta años y siente que se le funden los tuétanos al color de un harem caldeado por cincuenta concubinas . . . Hay sangre europea en las ondas cenagosas del Río Amarillo y en las charcas de los arrozales palúdicos y las cigarras de este otoño han chillado rabiosamente al abreverse en un rocío trágico que no es el de la aurora. (55)

La crítica de Tablada se constituye a partir de un proceso de racialización negativa de la identidad china en la que se construye por oposición un Japón noble. Esta comparación no es única ni exclusiva a este período. Harold Isaac recorre, en su cronología de la narrativa nacional de China en Occidente, cómo este discurso se basa en un movimiento continuo de contrapeso en relación a Japón. Así, cuando se critica a Japón, China aparece favorecida. De esta manera, se puede apreciar como Alejandro Muñoz Garcés (2005) indica, que a su paso por China, el republicano español se muestra sensible a la nueva República China establecida en 1912 (276), revelando una dinámica que Sheila Johnson describe como “the traveling Asian stereotype” (10).

Esta misma diferencia de percepción se puede ver por ejemplo en *El Japón heroico y galante*. Gómez Carrillo critica las calles japonesas, que considera sucias y faltas de gracia, y al hacerlo añade que, en comparación, “cuando uno viene de la China calumniada, en donde las banderas amarillas, con sus dragones rojos, ondean ante cada ventanilla, en donde los niños gritan y los hombres cantan, todo esto se hace más sombrío, más sórdido, más siniestro de lo que en efecto es” (19-20). El proceso de racialización de Gómez Carrillo combina cuestiones de clase social con una mirada erotizante y masculina en la que la identidad japonesa se ve reducida a la figura de la muchacha joven: “lo que me sorprende es la diferencia enorme que existe entre estas musmás aristocráticas y las muchachas del

pueblo que he encontrado por las calles. Ni siquiera de la misma raza parecen” (24). Procede, entonces, a realizar un desglose fisiológico de las diferencias supuestamente étnicas que acaba coronando con lo que dice ser una explicación histórica que justifique la separación de clases, blanco con poderoso, amarillo con subyugado:

de los dos invasores que poblaron Japón, hace tres mil años, los altaicos, venidos de los montes Urales, bellos y flacos, formaron la clase samurái, mientras los otros, malayos de Filipinas, enanos y amarillos, se mezclaron con los indígenas ainos y crearon el pueblo. (24-25)

Resulta, por lo tanto, significativa la interpretación del estigma racial vinculado al poderío militar que realiza Blasco Ibáñez. En opinión de este escritor, el proceso de racialización está invertido a como lo describe Kowner: “muchos por ignorancia se imaginaban a los japoneses como unos ‘monos amarillos’ antes de su guerra con Rusia, al verlos luego vencedores los han considerado unos superhombres, admirándolos ciegamente hasta en sus mayores defectos” (319).

Esta aparente contradicción pierde parte de su carácter contrahegemónico cuando en vez de quedarnos solo con lo que dice, enmarcamos sus argumentos en el contexto de su mensaje. El diario de Blasco Ibáñez está marcado por una queja constante hacia lo que él percibe ha sido un exceso de adulación hacia Japón a partir de sus progresos modernos (319). Es decir, no tiene ningún problema en alabar y en que se alabe su identidad premoderna, pero expresa sus reservas y hasta su rechazo a que se exalte el país por sus desarrollos más recientes. Esta crítica tiene una parte importante de fondo y sustancia. Blasco Ibáñez señala y ataca las ambiciones imperialistas que tenía Japón sobre el resto de Asia. También anticipa el conflicto que explotará en los años 1930 y sobre todo durante la Segunda Guerra Mundial entre Japón y las potencias occidentales precisamente por bloquear sus intenciones, no con fines pacíficos, sino para salvaguardar sus propios intereses:

Las grandes potencias tratan con dureza a este pueblo, que continúa acariciando silenciosamente su ensueño de dominación sobre la mayor parte de Asia . . . El Japón siente una cólera sorda, cada vez más grande, al ver que no puede avanzar sin que la mano de alguna de las potencias blancas se apoye en su pecho. (320)

Sin embargo, el análisis de Blasco Ibáñez carece en última instancia de una propuesta abiertamente anticolonial, centrándose más en jerarquizar la legitimidad según las potencias coloniales en el reparto

de poder, que en atacar este mismo sistema. El problema para Blasco Ibáñez y para la lógica hegemónica occidental no es el imperialismo, sino que Japón sea imperialista.

El último componente que me gustaría comentar de la construcción de esta identidad premoderna es la interpretación de género que se hace del pueblo japonés. Se asume la existencia de un binomio masculino/femenino que queda esencializado en las figuras de la geisha y el samurái. Johnson hace referencia a esta dinámica y la asocia además al comportamiento de los poderes hegemónicos occidentales según el momento histórico. Así pues, si se quiere enfatizar un Japón gentil, pacífico e inocuo a estos mismos intereses, se pone énfasis en la figura de la geisha. Del mismo modo, el Japón agresivo, beligerante, diligente y marcial, representado alrededor de la figura del samurái, emerge con más fuerza en momentos de crítica hacia la agenda imperialista y expansionista japonesa. Esta dinámica ambivalente queda patente cuando se comparan estos diarios. Así pues, Tablada nos presenta un Japón cortés y amable, indolente, estéticamente apacible, del cual quiere señalar especialmente una visión cortesana. Así lo indican los temas de sus capítulos: “Los funerales de un noble”, “La ceremonia del té”, “La mujer de T’juan-tsé” (sic), “Bucólica (la cigarra)”, “El despertar de la musmé” o “La mujer japonesa.”

Gómez Carrillo, sin embargo, aunque no excluye en su plática la asociación entre Japón y el ideal femenino de la geisha, se esfuerza más en ofrecer una interpretación del supuesto espíritu marcial nacional de los japoneses. En su diario le dedica en exclusividad dos episodios al bushido. Nada sorprendente, por otra parte, teniendo en cuenta que Nitobe Inazo había publicado en inglés apenas unos años antes su bestseller *Bushido: the Soul of Japan*, la obra que ha cimentado el mito alrededor de la figura de los samuráis desde entonces. Gómez Carrillo reproduce la tesis de Nitobe: que la síntesis del ser nacional japonés reside en una supuesta tradición guerrera, a pesar de que el ideal del samurái del que hablan tanto Gómez Carrillo como Nitobe hubiese desaparecido desde hacía siglos. Gómez Carrillo dice, por ejemplo, que “el sentimiento nacionalista aprovecha todas las bellas leyendas guerreras o caballerescas” (50) y que “todas estas leyendas, que forman el alimento espiritual del pueblo, son las que animan a los japoneses actuales en sus luchas y en sus esfuerzos . . . Encontraron a un pueblo que sonreía, y no supieron ver, tras aquella sonrisa, la fuerza y el heroísmo” (52). En opinión de Gómez Carrillo, esta identidad japonesa fundamentada en valores y un imaginario premoderno sobrevive palpitante al proyecto de la modernidad o, en sus palabras, “esto pertenece al Japón antiguo,

y nos prueba que bajo los uniformes de paño, siguen palpitando almas de guerreros legendarios” (115).

El caso de Blasco Ibáñez vuelve a ser particular. Dedicó varios capítulos a realizar un recorrido histórico de Japón en el que describe a los samuráis como “hidalgos pobres y belicosos” (190). Enlaza estas apreciaciones con la empresa imperialista japonesa, esencializando un supuesto espíritu marcial y vinculando la agenda de colonización con un precedente cultural. Igual que Gómez Carrillo, Blasco Ibáñez asigna a la identidad japonesa una capacidad de duplicidad, de pasar de la afabilidad a la violencia que no deslegitima el imperialismo, sino a Japón por llevarlo a cabo:

Pero hay no sé qué en la sonrisa de los pequeños que hace sospechar la oculta y secreta convicción, adquirida en la escuela desde las primeras lecciones, de que el Imperio japonés es el pueblo más superior de la tierra y algún día obtendrá la hegemonía que le pertenece por su origen divino. (195-96)

Blasco Ibáñez también le dedica páginas a la figura de la geisha en un desarrollo que carga con sus propias contradicciones. Si bien realiza un ejercicio de crítica al revelar cómo la geisha es un producto de la imaginación erotizante y exotizante europea, “semejante a lo que ocurre en España cuando los extranjeros desean ver gitanas, creyendo que todas las españolas son la Carmen de Merimée” (223), su descripción de la mujer japonesa sigue siendo apopléjicamente sexista. Circunscribe a la mujer a roles puramente femeninos de forma que parece justificar estas posiciones, y cualquier espacio conquistado de libertades asociado a la revolución industrial queda ligado más a cuestiones de clase que de género. Por último, a pesar de que acusa al imaginario heteropatriarcal la configuración de la geisha como objeto de deseo, Blasco Ibáñez replica el mismo modelo cuando se refiere a las muchachas jóvenes (a las que llama “musmés”), comparándolas en diversas ocasiones con gatitas “de suave voz” (178) y que “meten sus zarpitas” o “piden con dulces maullidos” (274). Como es tónica en el diario de Blasco Ibáñez, la ilusión de una decostrucción de los tropos presentes en las otras dos obras se ve reforzada por una nueva manifestación de las mismas ideas.

Un Japón imposible el que tengo ante mí

Los tres escritores viajan a Japón cuando los cambios más visibles de su desarrollo industrial ya se encontraban implementados, al menos en los núcleos urbanos, que es donde pasan la mayor parte de su tiempo. Como ya se ha hecho mención con anterioridad, la problematización de la modernidad

combina la presuposición de una identidad nacional constituida por elementos premodernos con un rechazo constante a cualquier manifestación moderna como parte de la descripción nacional japonesa. Defiendo, además, la fuerza de este motivo como un pilar de la narrativa nacional hegemónica, no solo por su presencia textual continuada (la crítica permanente a toda expresión que se asociara con el proyecto de la modernidad), sino también porque se mantiene fija a pesar de los más de veinte años que separan el viaje de Tablada del de Blasco Ibáñez. Tablada, fiel a su búsqueda de la construcción estética de un Japón ideal, detesta abiertamente la industrialización en Japón y la contrasta con motivos naturales referenciales: “Feos arrabales, formados por fábricas y barracas alineadas a ambos lados del terraplén, llenos de chimeneas que vomitan su negrísimo humo ocultando por instantes la cumbre de hielo del Fujiyama (sic) vagamente apercebido en lontananza” (65).

Uno de los pilares de esta reducción de la narrativa nacional japonesa a referentes premodernos es, en efecto, su asociación con elementos naturales. Este vínculo fomenta, por un lado, la presunción de preexistencia ontológica de la supuesta esencia japonesa y, por otro, refuerza su rechazo a la artificialidad achacada al proyecto de la modernidad. En múltiples ocasiones califica Tablada a los japoneses como amantes de la naturaleza, una naturaleza “explotada” (37) por el avance industrial. La legitimidad de esta crítica hacia el desarrollo industrial basado en el extractivismo se ve teñida por la falta de un objetivo sistémico y su reducción al caso japonés, ridiculizándolo por supuestamente antitético a su identidad nacional. Tablada cuenta su salida en tren de Yokohama en un “ferrocarril pequeñísimo . . . diríase que el japonés con su arte ingénito ha querido, disminuyendo su tamaño, disimular la fealdad del progreso” (65). Esta fealdad desaparece en su puesta en contraste con el pasaje que precede inmediatamente a este juicio, recreándose en el paisaje, estuarios, praderas, coníferas y “grandes mariposas de color metálico azul pavo, [que] revuelan arrastradas por la columna de aire del tren y como único ruido, dominando el trepidar de las ruedas, se escucha la estridencia de las cigarras que inunda campos y selvas con su vastísimo rumor” (66). Tablada parece proyectar con esta imagen su deseo de una naturaleza imponiéndose a la presencia mecánica y humana que representa el tren. Torres-Pou asigna a principios modernistas este odio y rechazo hacia la mecanización, reaccionando a ella con una exaltación de principios estéticos tradicionales japoneses (“El discurso” 191).

Blasco Ibáñez combina su crítica hacia la presencia de paisajes industriales con un ataque al gasto militar que realiza Japón, juzgando que al país “le preocupan más sus medios ofensivos y

defensivos que el ornato y la higiene de sus ciudades” (209). Esta tesis se inscribe dentro del principio de instrumentalización de la modernidad. La crítica se fundamenta en considerar que Japón no se ha unido al proyecto de la modernidad para mejorar sus condiciones de vida, sino para poder llevar a cabo las ambiciones de su élite gobernante. Como sucede con gran parte de las críticas surgidas del análisis de Blasco Ibáñez, este juicio ve comprometida su legitimidad cuando se circunscribe al caso de Japón y no a una crítica al modelo clasista, jerárquico e imperialista que promueve el proyecto de la modernidad en todo el mundo y no solo en el archipiélago japonés. Esta inclinación por alienar manifestaciones de la modernidad y problematizarlas cuando aparecen en el contexto japonés aparece también cuando Blasco Ibáñez habla del socialismo en Japón. Aquí se ve una diferencia histórica con Tablada y Gómez Carrillo, ya que el movimiento obrero japonés, aunque presente desde el siglo XIX, era considerablemente más fuerte en la década de 1920, con la Revolución Rusa dominando el debate internacional. Blasco Ibáñez parece esencializar una supuesta capacidad innata del “ser japonés” a la devoción revolucionaria, basándose de nuevo en una identidad premoderna, no sin cierta preocupación:

El socialismo tiene cada vez más adeptos en los centros industriales del Japón. Hay que imaginarse lo que pueden ser en el porvenir los jornaleros japoneses si dedican a las doctrinas revolucionarias el entusiasmo tenaz, el desprecio a la vida y la escasez de necesidades con que sus ascendientes sirvieron al Mikado. (308)

Otra muestra de problematización del desarrollo moderno en Japón, que viene a reforzar su extrañamiento a favor de la tesis de su monopolio por parte de las potencias occidentales, es el desprecio y el ridículo que les provoca a los tres autores el ser testigos de los cambios en los escenarios cotidianos. Dice Tablada:

Detrás de mi espalda se amontonaba la multitud nipona: musmás de trajes multicolores, obreros de largos kimonos, pescadores y marineros casi desnudos, y más allá, en las terrazas de los hoteles a la moda, la población europea; burgueses sin más color que el de su traje, moneymakers que del fondo de sus tiendas salían para celebrar la independencia de la nación yankee. Aquellos elementos banalmente europeos y agriamente mercantiles infiltraban su palmaria fealdad en mi pura sensación de arte; pero al fin el arte pudo más que ellos. (49)

En esta comparación aparecen dos sujetos: el japonés, descrito a partir de elementos amodernos o directamente asociados a la premodernidad; y el extranjero occidental, construido en oposición desde un punto de rechazo estético, como así lo indica apreciaciones como “sin más color que el de su traje”, “banalmente”, “agriamente” o “su palmaria fealdad” para referirse a ellos. Anteriormente mencionaba el tropo de definir la identidad premoderna japonesa a partir de una dualidad geisha-samurái que prevalece a pesar de los cambios exteriores. Esta misma idea se puede ver manifestada en cómo Blasco Ibáñez se burla del comportamiento y de la apariencia física de los japoneses que no se adhieran a su convicción de un particularismo cultural excluyente de la influencia moderna:

Me fijo en el aspecto de estos nipones modernizados que viven una existencia occidental. Son todos ellos simpáticos, pero considero imposible encontrar una burguesía más fea de rostro y que vaya más grotescamente vestida . . . hasta los que visten completamente a la occidental tienen en sus ademanes algo de torpe y cohibido, como si fuesen disfrazados. Se adivina que todos ellos, al volver de noche a sus casas, se quedan en kimono, sentándose en el suelo para cenar, lo mismo que sus antepasados, y con este aspecto resultarán tal vez más gallardos e interesantes. (203-04)

Todas estas relaciones informan la narrativa que sitúa Japón en la era moderna: la cuestión de la imitación y la instrumentalización. Toda manifestación del proyecto de la modernidad en Japón será ajeno, contaminante y problemático porque no se puede aceptar dentro del orden natural de progreso de la comunidad no-occidental. Como dice Gómez Carrillo, “lo exterior en ciertas cosas, en muy pocas, puede ser occidental. Lo del fondo sigue siendo de este Oriente tan refinado y tan especial, tan altivo y tan galante, tan generoso y tan enigmático” (116). Este marco de descripción es además perjudicial para el bien común porque impide que se pueda elaborar una crítica necesaria a los peligros del proyecto de la modernidad como modelo de desarrollo que legitima estructuras de opresión patriarcales, coloniales y capitalistas. Incluso permite que estas se legitimen dentro de los espacios de particularidad cultural. Cuando Gómez Carrillo dice que “lo único que en realidad han imitado de Europa los japoneses es el arte de matar con ciencia y el arte de tener hambre” (206), está apelando a los tres pilares de esta narrativa. Por un lado, exonera a los japoneses de su responsabilidad intelectual a la hora de aplicar políticas de opresión dentro y fuera de sus fronteras. Por otro, contribuye a la exotización premoderna de una supuesta identidad nacional. Y, por último, refuerza la interpretación

de que el proyecto de la modernidad es una “imitación” en el caso japonés, asumiendo como modelo de referencia a Europa y sugiriendo que solo es imitativa la iniciativa y no la de otros contextos nacionales, como por ejemplo el de España.

Conclusiones

En este análisis he examinado las construcciones narrativas en estos tres diarios se fundamentan en dos ejes: la presunción de una esencia identitaria compuesta exclusivamente por elementos culturales premodernos y la problematización de la implementación del proyecto de la modernidad en el país, considerándolo una empresa extraña, contaminante y ajena a esta comunidad. La forma en la que estos tres escritores describen Japón reproduce el modelo de representación de una alteridad sujeta al mandato hegemónico occidental. Se considera el proyecto de la modernidad una patente exclusiva de Occidente a través de la acusación de imitación y la crítica y mofa a su implementación como tal. Del mismo modo, al construir una idea de Japón a partir de elementos previos a la industrialización, se corta e impide el flujo natural de evolución permanente de una identidad a través del contacto con el resto y con el paso del tiempo. Al defender, como hicieron Tablada, Gómez Carrillo y Blasco Ibáñez, las tesis hegemónicas de un Japón que solo puede verse representado a partir de una estética y en un paradigma premoderno, se le priva al país de su agencia propia y posibilidad de transformación continua.

Estos autores se ven en la coyuntura de proyectar una identidad japonesa constituida por elementos premodernos y dar fe al mismo tiempo del efecto innegable de los cambios traídos por la industrialización y el impacto del proyecto de la modernidad. La fuerza de la narrativa nacional hegemónica y de la construcción de una alteridad no-occidental despojada de legitimidad en su modernización es tal, que se prefiere aceptar la paradoja de una coexistencia contradictoria antes que aceptar el error de querer definir una identidad a partir de elementos tradicionales fosilizados y ajenos al tiempo. Blasco Ibáñez va más allá y llega incluso a postular que Japón no podrá mantenerse mucho tiempo en equilibrio entre estas dos facetas: que tendrá que o sacrificar su propia identidad o regresar a un modelo no industrial si quiere sobrevivir (307). Una vez pasado y aceptado que los países pasan por períodos de modernización política, social y económica, la presencia del eje de la modernidad en la identidad del otro no-occidental pasa a ser entonces una fuente de crisis continua, la justificación

para casi cualquier conflicto y uno de los elementos constituyentes del proceso de deslegitimación del adversario, del rival y del enemigo en el tablero geopolítico a lo largo del siglo XX y hasta nuestros días.

Como señala Nomura Ryujin, muy poco ha cambiado con el paso de los años (53). A pesar de que el debate ha evolucionado y hay tropos que han ido perdiendo su fuerza, el mecanismo y los principios de representación se mantienen. Del mismo modo que entre Tablada y Blasco Ibáñez no se utilizan los mismos ejemplos, pero sí permanecen los principios sobre los cuales se erige la narrativa nacional, el discurso adapta sus manifestaciones a las diferentes necesidades históricas siempre bajo el mandato hegemónico de subalternización. La lógica, el lenguaje y los mecanismos de construcción de narrativas nacionales, subordinadas a un modelo hegemónico de superioridad occidental basado en la monopolización de la legitimidad del proyecto de la modernidad, no solo sobrevive, sino que con el tiempo se vuelve más fuerte. En cada iteración histórica se refina y adquiere la fortaleza canónica que le proporciona además un orden global que lo justifica. A casi cien años del viaje de Blasco Ibáñez, es ya nuestra responsabilidad criticar, deconstruir y pensar en alternativas más horizontales y menos cruzadas por estas lógicas de pensar y describir al Otro.

Bibliografía

- Adlbi Sibai, Sirin. *La cárcel del feminismo: Hacia un pensamiento islámico decolonial*. Akal, 2017.
- Aguirre López, Dulce Diana. “El piróscopo ha zarpado: travesía hacia el Japón de dos escritores latinoamericanos.” *Actas del III Congreso Ibero-Asiático de Hispanistas*, 2015.
- Asociación Enrique Gómez Carrillo: Biografía de Enrique Gómez Carrillo*, www.enriquegomezcarrillo.org/egc/index.php?option=com_content&view=article&id=21:bio&catid=18:biografia&Itemid=27 3 de marzo de 2021.
- Barlés Báguena, Elena. “La mujer japonesa en los libros de viajeros publicados en castellano a finales del siglo XIX y primeras décadas del siglo XX”. *La mujer japonesa: realidad y mito*, editado por Elena Barlés Báguena y Vicente David Almazán Tomás, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2008, pp. 773-848.
- Base Léonore: Index des 80700 patronymes*, www2.culture.gouv.fr/documentation/leonore/NOMS/nom_00.htm 3 de marzo de 2021.
- Blasco Ibáñez, Vicente. *La vuelta al mundo de un novelista. Tomo I*. Prometeo, 1924.
- Botti, Alfonso. *España y la crisis modernista: Cultura, sociedad civil y religiosa*. Ediciones de Castilla-La Mancha, 2012.
- Bujaldón de Esteves, Lila. “El modernismo, el Japón y Enrique Gómez Carrillo.” *Revista de Literaturas Modernas*, no 31, 2001, pp. 53-72.
- Camps, Martín. “Pasajero 21: Evidencia del viaje de Tablada a Japón en 1900.” *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, no. 80, 2014, pp. 377-94.
- Castro-Gómez, Santiago y Ramón Grosfoguel. *El giro decolonial*. Siglo del Hombre, 2007.
- Cisneros, Odile. “El Oriente de dos mexicanos: Japón en la obra de Tablada y Rebolledo.” *Literatura Mexicana*, vol. 13, no 2, 2002, pp. 91-116.
- Dussel, Enrique. “Sistema-Mundo y “Transmodernidad.”” *Modernidades coloniales*, editado por Saurabh Dube, Ishita Banerjee y Walter Mignolo, El Colegio de México, 2004, pp. 201-26.
- Gómez Carrillo, Enrique. *El Japón heroico y galante*. Renacimiento, 1912.
- Isaacs, Harold Robert. *Scratches on our Minds: American Images of China and India*. Routledge, 1980.
- Johnson, Sheila K. *The Japanese Through American Eyes*. Stanford University Press, 1988.
- Kirkpatrick, Susan. *Mujer, modernismo y vanguardia en España (1898-1931)*. Cátedra, 2003.
- Kowner, Rotem. “Lighter Than Yellow, But Not Enough.” *The Historical Journal* vol. 43, no 1, 2000, pp. 103-31.
- Losano, Mario G. “Imágenes del Japón Meiji y Taisho en la literatura ibérica.” *Japón y Occidente: el patrimonio como punto de encuentro*, editado por Anjhara Gómez Aragón, Aconcagua Libros, 2016, pp. 595-604.
- Mignolo, Walter. *Desobediencia epistémica: Retórica de la modernidad, lógica de la colonialidad y gramática de la descolonialidad*. Ediciones del Signo, 2010.
- Muñoz Garcés, Alejandro. “Vicente Blasco Ibáñez: La visión del asiático en *La vuelta al mundo de un novelista*.” *Monográficos Sinoele*, no 17, 2005, pp. 267-83.
- Nomura, Ryujin. “Una breve historia sobre los viajeros españoles que describen Japón.” *神戸外大論叢*, vol. 72, 2020, pp. 43-59.
- Said, Edward W. *Orientalism*. 1978. Penguin Classics, 2003.
- Sánchez-Alarcos, Raúl Fernández. “Algunos apuntes literarios sobre el estatus periférico español

- frente a Norteamérica como centro de la modernidad.” *España, Norteamérica y tiempos de crisis*, editado por Susanna Rosenbaum y Danielle A. Zach. Catarata, 2020, pp. 185-201.
- Serrano, Carlos y Serge Salaün, editores. *Los felices años veinte. España, crisis y modernidad*. Marcial Pons Historia, 2006.
- Tablada, José Juan. *En el país del sol*. 1919. UNAM, 2005.
- Tinajero, Araceli. *Orientalismo en el Modernismo Hispanoamericano*. Purdue University Press, 2003.
- Torres-Pou, Joan. “El discurso colonial en las crónicas sobre el Japón de Enrique Gómez Carrillo.” *Bulletin of Hispanic Studies*, vol. 82, no 2, 2005, pp. 185-95.
- , “La topología del ‘Viaje a Oriente’ en las crónicas de Enrique Gómez Carrillo,” *Chasqui* vol. 42, no. 1, 2013, pp. 144-53.
- Torres-Rodríguez, Laura. *Orientaciones transpacíficas: la modernidad mexicana y el espectro de Asia*. University of North Carolina Press, 2019.